

El capellán estaba contentísimo.

Entristecía-se Lola á cada visita, comunicando á Isaac sus temores de que Rosita concluyera en religiosa. No porque no fuera creyente, Dios la librará, sino porque la apenaba una separación semejante, radical y eterna. Sería como si se les muriese; y luego, expuesta á crueles persecuciones de esos liberalotes tan desalmados que parecían no tener otra misión que vaciar claustros y derribar conventos, no podía conformarse. Rosita estaba inconocible, diríase que tenía un corazón á punto de asfixiarse. No hablaba más que de felicidad duradera, de goces inefables, de espíritus y de alas. Odiaba el mundo sin conocerlo, oponiendo á todos los proyectos de Lola una sonrisa de dolorosa conformidad, de enfermo desahuciado, que no podía tolerarse. Isaac le pedía tiempo para reflexionar, porque, en efecto, el asunto era grave y reclamaba mucho tino para resolverlo. En esas reflexiones y en si conseguía ó no conseguía trabajo, pasábanse las semanas y los meses, ora lamentando un desengaño, ora acariciando una esperanza que nunca se realizaba. Iba á cumplir Rosita tres años en el colegio, y quince en este valle de lágrimas y de risas—expresión favorita de Isaac cuando hablaba en filósofo.—Era preciso que saliera ese día, que lo pasara con ellos y que hicieran cualquier sacrificio para festejarla.

Las excursiones nocturnas al Monte de Piedad eran las aludidas con esa figura de lenguaje.

Cada vez eran menores en cantidad y en calidad; y respecto á la herencia de don Pancho, no les quedaba más que el *Recuerdo*—un perrillo de lanas, pequeño y ordinario, sucio y gruñón.

La víspera del cumpleaños, se dirigió Lola al humanitario establecimiento en busca de su chica, alborozada de pensar en que la iba á tener á su lado todo un día.

Conocida de la servidumbre, por lo general pasaba sin que la detuvieran, dando los buenos días al portero, único seglar que de su sexo habitaba la casa, sobrándole de vejez lo que le faltaba de vista, circunstancias á que debió su admisión: “por el buen parecer”—escribió un prelado consultado al efecto—aunque al pobre diablo, nada bien le parecieran tales achaques.

Avisó á Lola que la directora deseaba hablarle y Lola entró en la dirección, amable, risueña, con la seguridad de que sólo alabanzas podían prodigarse á su hija.

—¿Pero por qué no le habían avisado á tiempo, cuando comenzó aquello, la hubiera atendido?

No debía alarmarse—ganguéaba la directora—no era cosa de cuidado. El médico aseguraba que era una fiebre benigna, que pasaría pronto. Estaba muy bien cuidada, la querían tanto! Y tranquilizando á Lola, la condujo á la enfermería, hasta la cama de Rosita, contestando en su tránsito, los saludos que las monjas subalternas le dirigían místicamente. Sentóse Lola junto á Rosita, le tomó el pulso, le pasaba la mano por la frente y por las mejillas, la

besaba, la agobiaba á preguntas, le dolía allí?... ó allí? y apoyaba con suavidad los dedos en los lugares á que se refería.

—Nada más la cabeza, mamá, respondía la muchacha, no es nada, verdad, madre?

La directora ratificaba medio distraída, á consecuencia de un desgarrón en las sábanas que le tenía fruncido el ceño. Una falta de lesa disciplina! Llamó á la encargada y sin hablarle, la ruborizó señalando el roto que parecía, por su forma, contestar con una mueca burlona á la escena muda.

Forzoso le fué prescindir de sus deseos y conformarse con la mala suerte que la perseguía. Volvería al día siguiente y el otro, y todos los que fueran necesarios, si la madre lo permitía, en atención á lo excepcional del caso, á la enfermedad de su hija; bien podía autorizarla á practicar una visita diaria, mientras durara eso. La directora accedió; aunque no estaba mencionado en el reglamento, tampoco había motivo fundado para oponerse. Si ya lo sabía ella que no se lo negarían, y deshaciéndose en agradecimientos, salió de la habitación recomendando á Rosita que no se desabrigara, que tomara las medicinas, todas, las feas y las buenas, para aliviarse pronto; en la puerta, volvió la cara y envió un beso á su enfermita.

No volvían de su asombro en el colegio. Qué podía haber motivado un cambio tan completo como perjudicial en Rosita? Su convalecencia fué un continuo desastre; el buen carácter, la piedad, la obediencia, tanta cualidad que adornaban á la

educanda gratuita, en los primeros tiempos, haciéndola acreedora al envidiable título de alumna modelo, habían desaparecido para dar lugar á los antiguos defectos de chiquilla malcriada, á los olvidados hábitos de la niña de vecindad, á gestos y palabras que atormentaban á las pobres madres, obligándolas en cierta ocasión que escucharon una de dudosa naturaleza, á confesarse en nombre de la culpable que se reía lindamente de escrúpulos y reconvenciones. Inútiles fueron los castigos y las súplicas; era la pesadilla de los profesores y el mal ejemplo de las compañeras. No había forma de corregir un defecto principal, un verdadero pecado que se desarrollaba en ella augurando malísimos resultados: una coquetería en su persona, que traía desalentados á todos los masculinos, el maestro de música, el cegatón portero y el capellán—un santo varón.

El primero, sobre todo, estuvo á punto de perder el cargo, por lo que se esmeraba con la rebelde. Salían imposibles las lecciones de solfa, y el teclado del piano convertíase en campo de batalla ante los irregulares movimientos del desazonado maestro que hacía salir á bofetada limpia, inocentes corcheas, ignorantes semifusas y enlutados sostenidos. Bastábale sentir cerca de sí á Rosita para perder, no los estribos sino los pedales. (No se admitía educación ecuestre).

Un color se le iba y ciento se le venían, secábasele la garganta, buscaba frases para todas y sólo producía miradas expresivas para Rosita, que se

sentía halagada de haber originado trastorno tal en el primer ejemplar aceptable que del sexo contrario conocía. Determinóse que Rosita no continuara aprendiendo música y se empezó á pensar en un medio decoroso de que la retiraran del colegio, donde no podía seguir. Perderían la clientela de paga si andábanse en contemplaciones, meritorias—como convenían las religiosas—pero enteramente inútiles respecto á una criatura de instintos pervertidos y que necesitaba de un positivo milagro para enmendarse. Demasiado le habían enseñado y demasiado había aprovechado ella. Disponía de un caudal de conocimientos suficiente hasta para procurarse honestamente el sustento, si lograba dominarse ó la necesidad la dominaba. Seis años llevaba en el colegio, nada les reprochaba su conciencia al adoptar esa medida de salvación general. Y así lo notificaron á Lola, que no lo sintió, mucho menos al oír á la directora hacerse lenguas acerca de la sólida instrucción que llevaba y que le permitiría emprender muchas cosas; aunque no precisó éstas y pasó como por sobre ascuas lo del cambio de carácter, fuente y origen verdaderos de la disfrazada y dulcificada expulsión.

Cuánta impresión adormecida, cuánto recuerdo perdido, revivieron en Rosita al pisar de nuevo el antiguo teatro de sus primeras hazañas! Cada piedra, cada puerta, cada ventana, todo le traía á la mente poéticas é informes reminiscencias de su bulliciosa y dominadora niñez. De sus antiguos compañeros de infancia, apenas si quedaba uno que

otro resto sobrenadando en aquel patio, testigo mudo de sus impresiones de niña, que parecían abandonar voluntariamente los oscuros rincones y complicadas telarañas en que los había alojado la imaginación de Rosita, para darle una bienvenida triste y melancólica, como casi todo lo que pertenece al pasado. Ganas le entraron de llorar al convencerse de aquella soledad y de aquel abandono. Preguntaba por sus subordinados á una que otra mujer que difícilmente la reconocía, y obtenía respuestas desconsoladoras; el taller y la escuela devoraban á los hijos del pueblo para hacerlos útiles! La mayoría de los hombres estaba aprendiendo diversos oficios, los pequeños en el colegio municipal del barrio; y las hembras, trabajando en casas de modas ó desempeñando labores domésticas, según sus respectivas disposiciones. Pasáronse los primeros días en mimar á la muchacha, en dejarla dormir hasta muy tarde y agobiarla á preguntas, no cansados de admirar su creciente belleza y lo que sabía. No podía Isaac abrir la boca, por temor de sufrir un revolcón científico de parte de su femenino vástago.

Al domingo siguiente y en virtud de una de esas combinaciones inverosímiles que sólo pueden realizar los plenipotenciarios de la pobreza, hubo con que asistir al teatro, á la función de la tarde, tomando delanteros de un palco segundo.

Por la noche, estaban invitados á una reunión de confianza en la casa del único liberal empleado del Gobierno que trataba Isaac con afecto, por su mo-

deración y por ser persona decente,—según afirmaba el mismo Isaac dándole palmaditas protectoras en el hombro,—á cuasa de los diferentes papeles que había representado en política.

La entrada de Rosita produjo sensación; fué la reina del baile, la causa de que rompieran relaciones dos novios á punto de casarse y la de que un galán derramara un vaso de ponche sobre la guitarra del director de la música.

VI.

No podían resolverse!

Todos sus odios y preocupaciones se levantaban terribles en la obscuridad de su alcoba para impedirselo. Varias noches pasó desasosegado dando vueltas á la proposición de su amigo el liberal; y mientras más eran las que le daba, más monstruosa se le aparecía aquella.

¿Rosa, su Rosita en una oficina pública? No era una enormidad? un disparate? un crimen? Qué consejo era aquel? Qué amigos tenía, que lo inducían á cometer semejante barbaridad? Necesario era estar loco para aconsejar esas cosas y dejado de la mano de Dios para contribuir á su realización. Si se había opuesto á lo del colegio ¿cómo acceder á lo de la oficina?

Y rechazaba la idea que lo perseguía siempre, dondequiera que se hallara. Leía los periódicos que se ocupaban en la nueva medida alabándola por su bondad. “Comenzaba el reinado de la mu-

jer, las carreras profesionales y los puestos publicos representaban á los destructores de la prostitución. La acción civilizadora de las ideas modernas había descubierto la cuadratura del círculo, uno de los problemas sociales de difícilísima solución: “el respeto por el trabajo.” Venía luego una lista interminable de las naciones progresistas de cartel, que adoptando esa costumbre contaban con ejércitos de mujeres de todas edades, puras, buenas respetadas; formándose un capital sobre las barnizadas tablas de los mostradores comerciales, los áridos atractivos de la teneduría de libros ó las cordilleras de timbres postales de las grandes administraciones de correos, sin contar los telégrafos, las tesorerías, llenas de caritas encantadoras al lado de horrorosos bigotudos que se preocupaban tanto de ellas como del Gran Turco! Otra de las tentaciones consistía en los sueldos ofrecidos, lamentándose en su interior de no conseguir nada para él que era hombre y trabajador y solicitante incansable, en ocasión en que la prensa parecía ofrecer, no ya los empleos, sino los meses devengados, brindar el dinero, la comodidad al alcance de la mano, al volver de la esquina.

Vino á decidirlo su amigo con un argumento que aunque fútil en apariencia y riesgoso en realidad, se sentía halagado con sólo repetirlo:

—Sería su hija el primer caso!

Francamente, valía la pena; él la recomendaría con el jefe de la oficina, haciéndole ver que era un padre cuidadoso. El jefe sería hombre serio, por

fuerza, de otra manera no habría llegado á esa altura. Además, iría á esperar á Rosita y la acompañaría por las mañanas. Con esa conducta, nada debía temer y sobre todo: "sería el primer caso!"

Lola lloró cuando Isaac le comunicó le determinación tomada. Tenía presentimientos, pero sombríos, negros! La cosa apenas tardó el tiempo indispensable para la tramitación, y el primero del mes siguiente, quedó Rosita admitida formal y oficialmente como empleada del Gobierno.

A poco la aplauden al tomar posesión.

El jefe, á pesar de las recomendaciones de Isaac, tuvo que hacer poderíos para conservar la gravedad que correspondía á su elevado cargo. Estaba ella tan mona con su sombrerito de paja y un ligero y natural rubor que cubría sus mejillas, que daban ganas de comérsela á besos. Ese día todos descuidaron mucho sus trabajos. Fué una asiduidad extraordinaria; plumas, papel, tinta, silla, le llegaban conducidos por mil manos y acompañados por charrón de sonrisas, y ella, adivinando su preponderancia pero mortificada por la novedad, no hizo más que decir "muchísimas gracias," velando púdicamente el tono de la voz y manifestándose avara de sus miradas.

Si llega el jefe á pedir la firma, no hubiera firmado más que la destitución colectiva de sus subalternos.

La salida, pareció una catástrofe; todos querían acompañarla, hacerse sus amigos, la rodeaban sin dejarla andar, dirigiéndola con los ojos, dándole

infirmes acerca del carácter y costumbres del jefe, ofreciéndole ayuda, mareándola. Calmóse su entusiasmo al llegar á la puerta y distinguir á Isaac que esperaba á Rosita, enternecido y celoso, humilde y pensativo. Rosita se sintió desahogada al verlo, le besó la mano en la calle y se colgó de su brazo, hablando hasta por los codos, para desquitarlos de la presión sufrida en el pupitre. Quería andar, dar un paseo con su papaito, é Isaac nada le negaba, sentíase humillado delante de ella, cuya belleza exponía á grandes peligros y cuya juventud sacrificaba. Dieron el paseo, entrando en su casa á la vez que la noche. Lola comenzaba á alarmarse por la tardanza; pero Rosita la calmó, contó á entrambos lo bien que la habían recibido, la exquisita amabilidad de esos señores y lo llevadero del quehacer. Lola durante la narración, mientras Isaac se hacía el distraído oyendo los pormenores de la *debutante*, la tenía de las manos, y la miraba con más fijeza que ternura, con esa inquietud de la madre cuando un hijo está enfermo de muerte y la ciencia es impotente para salvarlo; mirada que interroga y que sondea, que no admite engaños, que riñe con dulzura y acaricia con timidez, que bendice y teme, que protege y acompaña, que consuela y salva!

Continuó la nueva vida bajo esa faz; Isaac acompañando á Rosita, los de la oficina galanteándola, el jefe amabilísimo y Lola soñando con fantasmas. En una ocasión estuvo el jefe á hacerles una pequeña visita, de amigos, de toda confianza; hasta

aceptó una taza de chocolate, quería que lo trataran como de la familia, no inspirarles más que una cordial simpatía. La visita les causó gran admiración y algo de pena, particularmente á Rosita que no se acostumbraba al vergonzante y fraccionado mobiliario de su casa. ¡Todo un jefe, con chaleco blanco, doble cadena de reloj y anillo al dedo sentándose sobre sillones de hule sin barniz cuyos ancianos resortes lanzaban al encogerse ayes de dolor capaces de enternecer el alma más dura! Hubiera deseado no encontrarse allí, frente de él, no volver á verlo mientras un tapicero de conciencia no renovara todo aquello por un tanto al mes. Isaac, estaba confundido por tanta fineza, recomendaba á su hija á cada instante, porque, ya veía, su edad, era una edad muy peligrosa para las jóvenes. Y el jefe le daba la razón, aseguraba que pondría cuanto estuviera de su parte por ayudarlo; al menos de la oficina, nada había que temer: allí estaba él decidido á desplegar torrentes de energía, si eran precisos. Pero no serían necesarios, todos los empleados pertenecían á familias honestas y de buena conciencia.

Con tan plausible motivo, cambió el lugar de Rosita desde el día siguiente, se la colocó en una pieza situada después de la del jefe—con el objeto, según comunicó á los demás empleados—de que no se alterara el orden del despacho. Meses tranquilos deslizaron en los escritorios, hasta que una circunstancia imprevista, vino á despertar profundas é incontrovertibles sospechas. Como oyeran

rumor de voces en el gabinete del superior, hubo un atrevido, que pretextando cualquier simpleza, llegóse á llamar á la puerta que algo tardaron en abrir. Bastó ese pormenor, para el que sobran explicaciones de buena ley, á derrumbar en un momento, entre chistes y alusiones picantes, la hasta entonces inmaculada reputación de Rosita, semejante, por la duración, á la alegría del niño que principia sus juegos correteando, para concluirlos lloroso al instante en que una piedrecilla invisible lo hace resbalar y lo lastima, sin transiciones, sin preparativos. Así vino abajo su pureza, trocándose el antiguo respeto y el antiguo afecto por un desprecillo ofensivo y desesperante. Ya no era el objeto de las atenciones con que la agobiaban cuando entró en la oficina; al contrario, hubo individuo que la saludara sin tocarse el sombrero, como quien hace una limosna forzada y no un cumplimiento voluntario. Una tarde, al salir, mostró á Isaac un precioso relojito de oro, contestando á sus preguntas y temores, que se lo había sacado en una rifa hecha por un compañero; le iba á servir de mucho, lo menos que se ahorrarían por las mañanas sería una media hora de ansias y carreras. En lo de adelante no se precipitarían, sabrían á que atenerse, cronológicamente hablando. Lola pareció no quedar muy satisfecha con los resultados de aquella lotería cobrándole tal antipatía al reloj, que jamás quiso consultarlo; prefería molestar á la portera enviándola á informarse en alguna tienda cercana ó esperaba con paciencia las invariables llegadas

F. GAMBOA.

del aguador, á las once de la mañana y á las tres de la tarde.

Por fin Isaac, consiguió á su vez un empleo, que si bien aumentaba las anémicas entradas de la familia, abandonaba á Rosita, en sus salidas del trabajo. Tuvo que aceptarlo, que desempeñarlo con conciencia, empezando entre él y Lola una economía sostenida sin otro objeto que poder obligar á Rosita á abandonar ese trato masculino y diario que nada bueno podía acarrearle, por mucho que se dijera en contrario.

Pero no llegó á salir sola ni una tarde. A eso de las 5, llegaba un carruaje de alquiler que conducía al jefe y á la empleada á los parqus más poblados de rumores y de heliotropos que tanto abundan en el bosque; y allí, vistos á lo lejos caminar del brazo, él, azotando con el bastón las inocentes y silvestres ramas que crecen á orillas de las calzadas, que se inclinaban al recibir el inhumano golpe, y de enderezarse trataban sobre el herido tallo para protestar de barbarie semejante; y ella, con la cabeza reclinada en el hombro de él, mirando el firmamento sin hablar y bebiéndose en silencio el llanto de la deshonra, para no fastidiar al enojadizo y exigente amante, hubiera podido tomárseles por un matrimonio legítimo, envuelto en las primeras nubes de la prosa de la vida.

—¿Por qué le hablaba con esa dureza? No veía bien lo que estaba sufriendo? Una existencia llena de mentiras y de fingimientos, llevada con pacien-

DEL NATURAL.

cia y resignación sólo por su amor? Qué podía echarle en cara? Únicamente su debilidad para resistir lo que ella se imaginó sería la felicidad y que resultaba la infamia.

Y lágrimas y más lágrimas eran siempre el final de esos paseos. Él se mordía el bigote, sin contestar, apesarado; ó bien la reconvenía sin miramientos á su estado y á su sexo. No podía remediarlo, bastante lo lamentaba, tanto como ella; y le juraba no abandonarla nunca, comprometerse si era preciso, hacer los mayores sacrificios, verdaderas heroicidades; pero debía considerarlo un poco, no atormentarlo al grado á que lo atormentaba; demasiado sabía cuál era su deber, y se encontraba decidido á cumplirlo.

Rosita entraba tarde en su casa acostándose en seguida, pues el trabajo iba en aumento, y siempre llegaba cansada, inapetente, enferma. Lola la observaba atentamente, sin contradecirla, iniciando confianzas que jamás se desarrollaban. ¿Estaba enamorada? ¿Le pasaba algo? ¿No quería á su madre? Pues por qué no era franca, por qué no le comunicaba sus penas si es que por desgracia ya tan joven las tenía? Nadie podría aconsejarla mejor, con más desinterés; y Rosita, negaba obstinadamente ser víctima de mal de amores ó de otro mal cualquiera, limitándose á llorar sobre el regazo de Lola, que perdía la cabeza en conjeturas y creía en la existencia de una grave enfermedad.

—“Pide una licencia para que descanses, estoy segura de que te la concederán. Quince días cuando

F. GAMBOA.

menos, que pasarás con nosotros; eso es lo que te hace falta, no haber gustado los encantos de la vida íntima. Verás cómo te prueba y qué bien te pones. Pasearemos juntas, te distraerás con las faenas de la casa y cuidando á tu padre, que el pobre empieza ya á necesitarlo.”

Y mientras más dilataba Lola esos horizontes de tranquilidad doméstica, más lejanos y más irrealizables los consideraba Rosita, sufriendo horriblemente al escuchar la narración de ellos.

Una noche dejó de ir á su casa.

Hasta las nueve, aunque las congojas de Lola eran indecibles, no las manifestaba muy claramente por temor de indisponer á Isaac que no las tenía todas consigo. Pasada esa hora y á medida que transcurría el tiempo con su impasible calma, la ansiedad de los dos era conmovedora. Lola estaba hecha una loca, dando de gritos como si tuviera delante de sí el cuerpo inanimado de su hija. Ambos salieron á la calle, desatinados, sollozando, llena la imaginación de ideas lúgubres y la memoria de recuerdos penosos. Antes de salir, distinguió Lola en el cuarto de Rosita el reloj de la rifa, abierto sobre una mesa y marcando con sus manecillas doradas las once y media, mientras el instantero parecía titubear en su carrera. Sobrevinole una crisis de odio reconcentrado y tomando la alhaja entre las manos la maldijo, la arrojó con todas sus fuerzas contra las paredes de la habitación.

Lo creía la causa de la ausencia de Rosita.

En la calle no se detuvieron á reflexionar; guia-

DEL NATURAL.

dos por el mismo instinto, se dirigieron á la casa del jefe, donde el portero los tuvo sujetos á un interrogatorio de identificación y de intenciones, acabado el cual les manifestó que el señor se recogía muy tarde!

A dónde ir?

Inspirábales horror la Inspección de Policía, pero era forzoso el acudir á ella.

Y al día siguiente los informaron:

—Rosita ocupaba la cama número 20 en la Casa de Maternidad!

El deseo de la madre directora se había realizado!

El del amigo de Isaac, también.

Era Rosita el primer caso!!